

actuales componentes son fieles a su estilo ardiente y temperamental ya en el *Op. 18, n.º 6*, que se abre con un vibrante y ligero Allegro con brio. El cálido Adagio enlaza con el sorprendente, nervioso Scherzo. Con acusados contrastes, bien que no extremos, La Malinconia enlaza con toda lógica con un excelente Allegretto, culminado con una coda fulgurante. Obviamente el *Op. 130* —con la *Gran fuga* como final, lo que cada vez es más habitual— es obra que plantea un sinfín de dificultades que un cuarteto de cuerda tarda en resolver a satisfacción toda una vida de actividad. Esta grabación del Artemis ya contiene una aproximación más que estimable a tan inmensa partitura, aunque algunas zonas han quedado algo descoloridas. Es el caso del tiempo inicial, donde los numerosos contrastes de todo tipo —dinámicos, de *tempo*, de articulación— no parecen haber sido explotados al máximo. Bien resuelto, en cambio, el mosaico que desemboca en la *Gran fuga*: un impulsivo Presto, un cantable Poco scherzoso, una Danza tedesca en la que sobresale el papel del violonchelo y una concentrada Cavatina, de temperatura emocional tal vez algo baja. Magnífica *Gran fuga*, trazada con claridad y eludiendo el peligro de una sonoridad hiriente. Un disco, en fin, que entona el Beethoven del Artemis.

Enrique Martínez Miura

BEETHOVEN:

Sinfonía n.º 9 en re menor op.

125. SINEAD MULHERN, soprano; CAROLIN MASUR, mezzo; DOMINIK WORTIG, tenor; KONSTANTIN WOLFF, bajo-barítono. CORO LES ÉLÉMENTS. LA CHAMBRE PHILHARMONIQUE. Director: EMMANUEL KRIVINE. NAÏVE V5202 (Diverdi). 2008. 64'. DDD. **PN**



Emmanuel Krivine nos ofrece una *Novena* más bien decepcionante. Para empezar, la toma tiene una profundidad espacial escasa, llegando a captar el detalle pero encuadrándolo en un ambiente de sequedad sonora. Esto, sumado al desequilibrio orquestal que plantea la escasez de efectivos en la cuerda aguda, acaba dando como resultado una plasmación pobre y deslucida. Interpretativamente se percibe una falta de emotividad que difícilmente resulta perdonable en una obra tan medular y simbólica como ésta. La manera anodina en

Cuarteto Casals

LA GRANDEZA DEL CUARTETO CASALS



BARTÓK: Cuarteto de cuerda n.º 4 Sz. 91. LIGETI: Cuarteto de cuerda n.º 1 "Metamorfosis nocturnas". KURTÁG: 12 microludios para cuarteto de cuerda op. 13. CUARTETO CASALS. HARMONIA MUNDI HMC 902062. DDD. 2009. 54'. **PN**

He oído por ahí que resulta sorprendente que el Cuarteto Casals grabe un disco que consista en un recital de estos tres húngaros. No sé el porqué de esa sorpresa. Es cierto que el Casals surge en un medio nacional como el nuestro que es poco dado a las formaciones de cámara, pero una vez dicho eso más vale olvidar las nacionalidades, que son un lastre para entender las cosas si vamos más allá de señalar un lugar de nacimiento. El Cuarteto Casals se ha convertido en una de las formaciones de referencia europeas y mundiales porque su repertorio tiene esa vocación, y porque su nivel de preparación, exigencia y ejecución también lo tiene. Y no hay más que discutir. Lo suyo es escuchar ese Bartók, que el Casals desgrana

con lo que podíamos llamar un dramatismo medido. Lo medido es eso, el relato, el drama, no tanto la tensión, que hay que darla por supuesta una vez que escuchamos las piezas de los otros dos compositores. La medida de la tensión, aunque acaso parezca curioso, se hace más necesaria en las miniaturas de Kurtág, incluso en los episodios del *Cuarteto de Ligeti*, precisamente porque hay *mucho* en *muy poco* espacio (¿hay algo más weberniano?). En el *Cuarteto* de Bartók el Casals se permite un paseo por una *zona peligrosa*, por decirlo así; y eso les obliga a crear algo parecido al suspenso. En Kurtág hay una descripción de *zona desolada* (¿tras la batalla, tras la catástrofe?) y eso mediante apuntes llenos de sentido y sugerencia, sin relato. Y eso obliga a otra tipo de prestación, acaso el del susurro, del mezzoforte hacia gamas más bajas, pero con el ademán de la violencia que se resuelve sin estallar.

No preguntamos si en este recital es la secuencia de Kurtág la que informa las lecturas de los otros dos compo-



tores. En tal caso, para el Casals no sería su Bartók el que condicionara a los otros, sino su Kurtág tocado el que da luz a las otras dos lecturas. No se trata de una secuencia temporal, sino de un espíritu que ilumina a tres partituras, aunque a partir de una de ellas. ¿O es una ilusión por nuestra parte?

En fin, un disco excelente, bello y con esa tensión que a veces se disfraza de sosiego. Y que tiene mucho que ver con la desolación. Esta expresión y estas ejecuciones indican que esta formación, el Casals, que cumple ahora trece años de vida, ha alcanzado la plena madurez como cuarteto.

Santiago Martín Bermúdez

la que el discurso transcurre, privado del mínimo grado de imprevisibilidad que le aporte algo de frescura, plantea los dos primeros movimientos como una mera emisión de notas. En el Adagio, la desafortunada decisión agógica de prescindir del matiz *molto* y unificar el pulso según la indicación "negra=60" sólo consiguen neutralizar la variedad que explícitamente pide la partitura y reducir su hondura a un fraseo insustancial. Por el contrario, en el Presto la capacidad de impacto desaparece por completo, disuelto por una velocidad atropellada. Dicho en pocas palabras, una de esas interpretaciones que llevan al oyente a la confusión y al aburrimiento.

Los solistas vocales, por no olvidar su valoración, alcanzan resultados desiguales, desde el buen rendimiento de Konstantin Wolff hasta el empalago producido por el vibrato de Sinead Mulhern. El coro, por su parte, desempeña su tarea con rigor y suficiencia.

En síntesis, un disco colorido por fuera pero gris por dentro.

Juan García-Rico

BEETHOVEN:

Conciertos para piano n.º 4 en sol mayor op. 58 y n.º 5, en mi bemol mayor op. 73.

TILL FELLNER, piano. SINFÓNICA DE MONTREAL.

Director: KENT NAGANO.

ECM 2114 (Diverdi). 2008. 73'. DDD.

PN



ECM es un sello con personalidad definida. Es algo que se capta desde el primer acercamiento a sus grabaciones. Viene esto a colación de que puede sorprender a algunos encontrar hoy un Beethoven como el de este disco. Se trata de una visión planteada desde postulados estéticos que no nadan a favor de la corriente mayoritaria de la vivacidad y el vértigo, y he ahí su valentía.

Desde el inicio escuchamos un Beethoven majestuoso en el que la grandeza aflora sin pretensiones ficticias. La nobleza de ese discurso de fraseo amplio, con su necesaria atención al detalle, de *tempi* serenos pero estables, de flexibilidad rítmica que no rehúye

echar mano del *rubato* cuando se tercia, y de propensión a la generosidad en el pedal del solista no es, precisamente, algo que hoy marque estilo. Se podría decir más bien que estamos ante una especie de Beethoven a la antigua usanza, dicho en el mejor sentido de la expresión. Podrá gustar más o menos, pero su puesta en escena tiene una coherencia irreprochable. No le busquemos mordacidad, que no la tiene, siendo todo muy previsible. Lo que sí hay es musicalidad, claridad de ideas y sencillez expositiva, de lo cual resultan dos lecturas elocuentes que se defienden por sí mismas. Bien grabado, con una elogiosa homogeneidad entre solista, batuta y prestación orquestal, no es el disco que tal vez uno escogiera como primera opción pero sí uno al que apetece volver de cuando en cuando para sosegar el espíritu.

Juan García-Rico

